

CAPÍTULO V.

SI LOS REYES HAN DE PEDIR, Á QUIÉN, CÓMO, PARA QUÉ. — SI LES DAN, DE QUIÉN HAN DE RECIBIR, QUÉ Y PARA QUÉ. — SI LES PIDEN, QUIÉN LOS HA DE PEDIR, QUÉ Y CUÁNDO; QUÉ HAN DE NEGAR; QUÉ HAN DE CONCEDER. (*Marc. 12, Luc. 21.*)

Los vasallos se persuaden que el recibir les toca á ellos siempre, y al príncipe siempre el dar; siendo esto tan al revés, que á los vasallos toca el dar lo que están obligados y lo que el príncipe les pide; y al príncipe el recibir de los vasallos lo uno y lo otro.

Qué han de dar los pueblos, y para qué, y qué han de recibir de los reyes; qué han de recibir los reyes, y por qué, y qué han de dar, diré con distincion; y del ejemplo de Cristo nuestro Señor (cosa que autoriza y consuela), justificada obligacion en que pone al monarca y á los súbditos. Y sabiendo cada uno cómo ha de ser, verá el señor cómo debe y puede ser padre; y los vasallos de la manera que sabrán ascender al grado de hijos. Pretendo curar dos enfermedades gravísimas y muy dificultosas, por estar sumamente bienquistas de los propios que las padecen. Son la miseria desconocida de los unos, y la codicia hidrópica de los otros. Intento esta cura, fiado en que los medicamentos que aplico no sólo son saludables, sino la misma salud, por ser de obras y palabras de Cristo nuestro Señor que (siendo camino, verdad y vida), como camino, no puede errar la causa de donde la dolencia procede; como verdad, no puede aplicar un medicamento por otro; y como vida, no puede dar muerte, si recibimos su doctrina, ni dejar de dar salud á la enfermedad; y no sólo esto, sino resurreccion á la muerte. Puede ser que algunos me empiecen á leer con temor, y que me acaben de leer con provecho. Precedan para disposicion algunos advertimientos políticos.

Las quejas populares y mecánicas en cualquiera nueva imposicion y asimismo al tiempo de pagar lo ya impuesto, son de gran ruido, mas de poco peso. Pierde el tiempo quien trata de convencer con razon la furia que se junta de innumerables y diferentes cabezas, que sólo se reducen á unidad en la locura. Débese esta tratar como la niebla, que dándola lugar y tiempo,

se desvanece y aclara. Yo no hablaré con estos vulgares sentimientos, porque es imposible con cada uno, y no es de utilidad con la confusion de todos juntos; empero hablaré para ellos. Es cierto que no se puede mantener la paz ni adquirir la quietud de las gentes, sin tribunales y ministros; ni asegurarse del odio ó envidia de vecinos y enemigos, sin presidios y prontas prevenciones. Tampoco puede hacerse la guerra, ya sea ofensiva ya defensiva, sin municiones, bastimentos y soldados y oficiales, sin gasto igual y paga segura; y sin tributos ninguna de estas cosas se puede juntar ni mantener. Segun esto (pues todos quieren paz y quietud y defensa y victoria para la propia seguridad) todos deben, no sólo pagar los tributos, sino ofrecerlos; no sólo ofrecerlos, mas, si la necesidad pública lo pide, aumentarlos. Y es al revés, que deseando la quietud y la seguridad todos, el tributo le rehusa cada uno. Cuando se crece el que se pagaba, ó se añade otro, se ha de advertir que la quietud que se tiene cuesta mucho ménos que si se defiende; y la que se defiende de un enemigo, mucho ménos que la que se defiende de muchos. Para aquella basta lo que se da, para esta apenas lo que se pide. Y por esto es más y mejor pagado el tributo ó tributos que cuestan más, que los que cuestan ménos. Allí se da lo que se debe; aqui se debe todo lo que se puede. Por donde en los vasallos viene á ser más justo dar lo que les hace falta, que lo que les sobra.

Esto en mi pluma se oirá con desabrimiento, y se leerá con ceño; empero se reverenciará oyendo las palabras de Cristo, verdadero y clémentísimo rey: « Estaba Jesus sentado enfrente del arca que guarda el tesoro del templo, y miraba los que en ella echaban sus ofrendas, cómo la turba echaba la moneda, y muchos ricos mucho. Empero cómo viniese una viuda pobre, y echase una blanca, vió Jesus cómo aquella pobreciilla viuda ofrecia una blanca; y llamando á sí sus discipulos, los dijo: De verdad os digo que esta pobre viuda dió más que todos estos que han dado al tesoro del templo; porque todos dieron al tesoro de Dios de lo que les sebra; empero esta de lo que la falta, y de lo que no tiene: dió todo lo que tenia, todo su sustendo. »

De manera que no sólo fué digno de aprobacion en Cristo el dar la pobre viuda de lo que la faltaba, y no tenia, sino que

convocó sus discípulos para darles aquella doctrina con aquel ejemplo, como á ministros á quien habia de encomendar diferentes provincias y reinos que alumbrar en la luz del Evangelio. Dirán dos cosas los que piden sosiego y comodidad propia sin tributos: « que este lugar á la letra se entiende de lo que se da á Dios; » y dicen bien. Mas no sé yo qué letra de él falta para que se entienda á la letra de lo que se pide para defensa de la ley de Dios, en que consiste la salud de las almas. La otra, que este lugar citado trata de dádivas voluntarias á Dios, conforme á la voluntad de cada uno; y que por esto se aplica con poca similitud ó ninguna al tributo que se impone, y á la dádiva ó donativo que se pide. Respondo: que en este á que obligan es más justificada la obediencia, por cuanto á la voluntad de asistir á la defensa de la fe y bien público se añade el mérito en obedecer á la necesidad por evitar el riesgo. Despues de acallados estos achaques, aun quedan réplicas á la miseria desconocida. Confesarán quieren quietud y armas, si son necesarias para defenderla ó adquirirla, y tributos; empero que si los tributos los quitan el sustento, y las propias armas la quietud, que es prometer lo que les quitan, y hacer con achaque del enemigo lo mismo que él pudiera hacer; y que más parece adelantarse con envidia de la crueldad en su ruina á los enemigos, que oponérseles. Esta malicia tercera se convence con el proceder que en el cuerpo humano enfermo tienen la calentura y la sangría: esta, evacuando la sangre, asegura la vida con lo que quita; aquella la destruye, si la guarda. Queda debilitado, mas queda; tiene menos sangre, empero más esperanza de vida y disposición á convaleecer; quita las fuerzas, no el ser, que puede restaurarlas. Doy que (como acontece) muera asistido de las purgas y de las sangrias; empero muere como hombre, asistido de la razon, de la ciencia y de los remedios. Si se deja á la enfermedad, es desesperado; conjúrase contra sí con la dolencia, muere enfermo y delincuente. No de otra suerte, en los tributos y el enemigo, se gobierna el cuerpo de la república: donde aquellos hacen oficio de sangría ó evacuacion, que sacando lo que está en las venas y en las entrañas, dispone y remedia; y este, de enfermedad, que sólo puede disminuirse creciendo aquellos con la evacuacion que dispone su resistencia y contraste. Quien niega el brazo al médico y la mano al tributo, ni quiere salud ni liber-

tad. Y como el médico no es cruel si manda sacar mucha sangre en mucho peligro, no es tirano el príncipe que pide mucho en muchos riesgos y grandes.

Verdad es lo que he dicho; mas porque no resbalen por ella ministros desbocados, que no saben parar ni reparar en lo justo, ó consejeros que se deslizan por los arbitrios (que son de casta de hielo, cristal mentiroso, quietud fingida y engañosa firmeza, donde se pueden poner los piés, mas no tenerse), — es forzoso fortalecer de justicia estas acciones, tan severa é indispensablemente, que los tributos los ponga la precisa necesidad que los pide; que la prudencia cristiana los reparta respectivamente con igualdad, y que los cobre enteros la propia causa que los ocasiona; porque poner los tributos para que los paguen los vasallos y los embolsen los que cobran, ó gastarlos en cosas para que no se pidieron, más tiene de engaño que de cobranza, y de invencion que de imposicion.

Á esto miró el rey Don Enrique III cuando, importunado de los que le aconsejaban que cargase de tributos á sus vasallos, dijo: Más miedo me dan las quejas de mis súbditos, que las cajas y los clarines y las voces de mis contrarios. Y porque no querria que conciencias vendibles se valiesen para sus robos del lugar que citó de la viuda (á quien alaba Cristo porque dió de lo que no tenia y de lo que la faltaba), quiero prevenir el ejemplo de la higuera, á quien pidió Cristo nuestro Señor fue: a de sazón higos; porque los tales autorizarán con esta, y dirán es licito pedir á uno lo que no tiene; pues á la higuera, porque no dió á Cristo lo que no tenia y la pidió cuando no lo podia tener, la maldijó, y se secó; y pretenderán que no sólo se le puede á uno pedir lo que no tiene, sino maldecirle y arruinarle porque no lo da; alegando que luego se secó la higuera y se le cayeron las hojas. Señor, esto seria propiamente lo que se dice andar por las ramas; y así lo hacen estos doctores, que á imitacion de Adán quieren otra vez cubrir con hojas de higuera la vergüenza de su pecado. Téngase cuenta no sean hojas de esta higuera con las que se cubren los que aconsejan se pida á uno lo que no tiene, y que le castiguen porque no dió lo que no tenia.

Pues en este capítulo de lo que ha de pedir el rey se valen de este caso que Cristo pidió á la higuera su fruta, es forzoso de-

clararle, y quitarles con esto el rebozo de su malicia. Señor, Cristo pidió á la higuera el fruto que no tenia ni podia entónces tener : maldijola, y secóse. Viéronla á la vuelta los apóstoles seca; y apiadados de la higuera por constarles de su inocencia (llamémosla así), compadecidos de su castigo y deseos de saber la causa que no alcanzaban, « preguntaron admirados : ¿Cómo se secó luego? » Esto se lee en San Mateo, cap. 21; San Márcos, cap. 11. « Y como á la mañana pasasen, vieron seca de raíz la higuera; y acordándose Pedro, dijo : Maestro, ves que se ha secado la higuera que maldijiste. » Débese reparar que si Cristo pidió lo que no tenia, fué á un árbol, no á un hombre; y que siendo Cristo quien la pidió el fruto y el que la maldijó porque no le dió, el ver los apóstoles que no daba lo que no tenia, los obligó á admirarse de que la comprendiese la maldición y de que se hubiese secado, y á preguntar á Cristo por qué y la causa. De manera que aun en una higuera hizo admiración á San Pedro que fuese castigada porque no dió, pidiéndosele Cristo, el fruto que no tenia. Descabulado queda el texto para los que osaren valerse de su aplicación. Empero la respuesta del Hijo de Dios se le quitará totalmente de los ojos. « Dijoles Jesus : De verdad os digo, si tuviéredes fe y no dudáredes, no sólo haréis esto con la higuera, sino si á este monte dijéredes : Levántate y arrójate en la mar, lo hará. » Señor, la higuera como higuera sentencia tenia en su favor para no secarse y que las hojas no se le cayesen, en el *Psalm. 1* : « Y será como el árbol que está plantado junto á las corrientes de las aguas, que dará su fruto en su tiempo, y sus hojas no se caerán. » Luego en favor de las hojas y verdor de esta higuera habla literalmente en semejanza del justo David, pues sólo estaba obligada á dar su fruto en su tiempo; y cuando se lo pidió Cristo, no lo era. Los santos dicen que en esta higuera castigó Cristo la dureza é incredulidad de la sinagoga. Así San Cirilo Jerosolimitano, Cateches. 13; y pruébalo San Pedro Crisólogo, en el *serm. 106*, de la higuera que no llevaba fruto. Luc. 13. « Tenia uno en su viña plantada una higuera, y vino á buscar el fruto, y no le halló : y dijo al cultor de la viña : Ves que há tres años que vengo á coger fruto de esta higuera, y no le hallo : córtala : ¿para qué ocupa la tierra? Mas él respondiéndole, dijo : Señor, déjala este año hasta que yo la cave al re-

dedor y la esterecole, y podrá ser lleve el fruto; si no, despues la cortarás. » Dice el Santo Palabra de oro : *Meritó ergo à Domino sinagoga arbori fici comparatur*. Con razon es comparada por el Señor la sinagoga á la higuera. Y más adelante : « La sinagoga es higuera; el poseedor del árbol, Cristo; la viña en que se dijo estaba plantado este árbol, el pueblo israelítico. » Más adelante : « Vino Cristo, y en la sinagoga no halló fruto alguno, porque toda estaba asombrada con los engaños de la perfidia. »

Previno á la sinagoga Cristo para el castigo con la semejanza de la higuera en esta parábola : dióla tiempo, vino, llegó á la sinagoga en la higuera de que escribo, pidióla fruto, no le tenia, maldijola, y secóse. Es tan malo ser símbolo de los malos, que participan de los castigos los que lo son. ¿Por qué entre los demas árboles fué escogida la higuera para este ejemplo y castigo? Quiera Dios que lo acierte á decir. Pecó Adán, y luego tuvo vergüenza de verse desnudo; vistióse y cubrióse con hojas de higuera. Árbol que cubrió al primer malhechor con sus hojas, desnúdese de ellas, cáigansese, y séquese. Cuando Cristo, que viene á satisfacer por Adán, la pide fruto, y no le tiene, sea símbolo de la sinagoga. Muchos dicen fué su fruta en la que pecó; que se comprende como las demas en el nombre de *pomo*. Siguiendo esta opinion, todo este árbol está culpado, y con indicios manifiestos. Dar con que pequen, y ocasionar el pecado, y cubrir al pecador y vestirle, pena de cómplice merece : esa la dió Cristo, maldiciéndola como á la tierra, como á la serpiente. Aquellos castigos ejecutó Dios luego que pecó Adán : el de la higuera difirió hasta que vino Cristo á morir en otro madero; porque al secarse el de la higuera que lo ocasionó, sucediese el seco de la cruz que llevaba por fruto su cuerpo sacrosanto.

Resta la mayor dificultad. ¿Á qué propósito preguntando los apóstoles por qué se habia secado la higuera á quien habia pedido Cristo la fruta que no tenia, respondió Cristo : « Digoos de verdad que si tenéis fe y no dudáis, no sólo con la higuera haréis esto, sino que si á este monte decís : levántate y arrójate en el mar, lo hara? » El pecado y la dureza de la sinagoga era no tener fe ni admitirla. Ese fruto la pedia Cristo : maldicela, sécase, y dice : « Tened fe », escarmentando en la

sinagoga, que es tan poderosa que no sólo secará luego á la higuera, sino que si mandáis á este monte que se eche en el mar, luego se levantará con su peso y se arrojará en él. De manera que fué la culpa de la higuera ser ántes que otro árbol símbolo de los malos y pecadores; y esto porque nadie mejor pudo representar el pecado, que aquella que le ocasionó y le dió vestido. Sacado hemos de las manos este ejemplo á los que para que se pueda pedir á uno lo que no tiene y castigarle porque no lo dió, á imitacion de Adán, se visten de las hojas que á esta higuera seca se le cayeron, como él de las que tomó.

Es forzoso buscar ejemplo en que Cristo pidiese, ya que este se ha declarado. Tenémosle como hemos menester en el suceso de la Samaritana, donde Cristo cansado del camino la pidió agua, de que necesitaba. Oigamos el texto sagrado con diferente consideracion de la que le he aplicado en su capítulo: Jesús fatigado del camino, así estaba sentado sobre la fuente. Vino una mujer de Samaria á sacar agua. Jesús la dijo: Dáme de beber (sus discípulos habian ido á la ciudad á comprar de comer). Díjole aquella mujer samaritana: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides te dé de beber, siendo yo mujer samaritana? porque no tienen correspondencia los judíos con los samaritanos. Respondiéndola Jesús, y dijola: Si tuvieras noticia de la dádiva de Dios, y quién es el que á ti te dice: Dáme de beber, — pudiera ser que tú le hubieras pedido á él, y él te hubiera dado agua de vida. Díjole la mujer: Señor, ni tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. »

No se lee en este caso que Cristo nuestro Señor, que pidió de beber, bebiese. Y considerando que para decir á esta mujer que trajese su marido, y descubrirla su pecado para remediarla, lo podía hacer sin estas circunstancias, me persuado que pidió de beber para dar este ejemplo á los príncipes en lo que han de pedir tan individual como se verá; y que le hizo disposicion al remedio de esta mujer.

Señor, Cristo cansado del camino pidió agua; pidió con necesidad: esto es lo primero que se ha de hacer. Lo segundo, pidió agua sentado sobre la fuente, que es pedir lo que hay, y donde lo hay sobrado. Lo tercero, pidió agua á quien venia á sacar agua, á quien traia con que dar y sacar lo que se le pidiese. ¡Qué sumamente justificada demanda! Es tal, Señor,

que quien la imitare dará á quien pide; y quien no la imitare, pedirá peor que el diablo: que él pidió que le hiciese de las piedras pan á quien podía hacerlo, que era el Hijo de Dios; y él pide lo propio á quien no puede. Y como en Cristo Jesús se lee el ejemplo para los reyes, en la mujer de Samaria se lee el de los vasallos que rehusan dar lo que con necesidad les piden los príncipes. Responde que cómo, siendo judío y ella samaritana, la pide de beber. Y alega fueros de diferentes naciones, y que no tienen comercio los judíos con los samaritanos. Esto, Señor, para no pagar tributos, ni contribuir á la necesidad pública y necesaria, cada dia se ve. Muchas provincias me ahorran la verificacion, cuando la causa de negarlo es decir: «Somos diferentes de los que contribuyen.» No se enojó Cristo porque le negó lo que la pedia con la necesidad que ella vió, y al brocal del pozo; sólo la dijo «que si conociera la dádiva de Dios y á quien la pedia de beber, ella le pidiera á él, y la diera agua de vida». De manera que pidió para dar, y así se ha de pedir. Pidió Cristo agua material para dar agua de vida. Pida el príncipe tributos para dar paz, sosiego, defensa y disposicion en que los vasallos puedan con aumento multiplicar lo que dieron, y aventajarlo en precio; porque pedir sin dar estas cosas, es despojar, que se llama pedir. El ejemplo enseña que es tan interesado el pueblo, que aun por no dar lo poco que se le pide, él mucho dificulta lo mismo que se le ofrece. Por eso dijo la mujer samaritana «que ni él tenia con qué sacar el agua, y que el pozo estaba hondo». Díola Cristo, reduciéndola, el don de Dios que no conocia; y dando á la que pedia, hizo que le confesase profeta y que se acordase del Mesías, y que dijese tales palabras: «Sé que viene el Mesías, que se dice Cristo»; palabras que merecieron la dijese: «Yo soy, que soy, que hablo contigo.» No tuvo por indignidad justificar su persona para lo que pedia á su criatura, y le negaba. Y fué real paciencia y de Dios Hombre satisfacer á sus réplicas desconocidas. Considero yo la propiedad con que en la mujer y en la codicia de la mujer se representa la levedad, la inconstancia y la codicia del pueblo. Dos veces tuvo Cristo sed: en este pozo, y estando en la cruz. Aquí no dijo que tenia sed, y pidió de beber: en la cruz no se lee que pidiese de beber, sólo dijo que tenia sed. Donde pidió de

beber, se le negó la bebida; donde no la pidió, se la dieron. Creo (es reparo mio; no por eso dejará de ser á propósito y necesaria su consideracion) tal sucede á los reyes, que les niegan agua si la piden y sin pedirla les dan hiel. Previénelos Cristo Jesus, con su ejemplo y con sus obras y con sus palabras, á que satisfagan á la duda de quien les niega el agua ó tributo que piden; y á que la hiel que les dan sin pedirla, la prueben, mas no la beban. Señor, reinar sin probar hiel y amargura, no es posible.

Pasemos á lo segundo que se pregunta: « ¿ Si les dan, qué han de recibir, y de quién? » Han de recibir todo lo que se debe á la grandeza y decoro de su persona, y á las obligaciones del oficio de rey. Han de recibir oro, tesoros. Así lo hizo Cristo, que recibió los tesoros que le trajeron los reyes que le vinieron á adorar, en que enseñó á recibir; empero como Rey de reyes, de príncipes, de poderosos. Y estos tesoros que recibió Cristo, se los encaminó una estrella. Ha de ser, Señor, luz del cielo la que encamine tesoros al rey; no lumbre que haya abrasado á quien los tenia, primero que traídos, ó quemado la provincia para sacarlos. Este, Señor, es ministro cometa, no estrella: promete más ruinas que aumentos.

Ha de recibir el magnífico y real tratamiento que se hiciera á su persona. Así lo enseñó Cristo Jesus con la Magdalena, admitiendo la untura de aquel precioso licor en sus piés. Quien esto murmurare es Júdas y ladron, aunque, como Júdas, se arreboce con los pobres; quien esto contradijo decia queria vender el unguento para dar á los pobres; y lo que quiso fué vender á su señor. Ya esto tiene su capitulo en esta obra.

Ha de recibir el aplauso, y aclamaciones y triunfos reales. Cristo lo enseñó en la entrada en Jerusalem, que se dice la fiesta de los Ramos, donde le bendijeron y aclamaron por el que venia en el nombre del Señor. Mas ha de advertir el príncipe que son demostraciones del pueblo: que el domingo echaron sus vestiduras para que las pisase, y el viérnes echaron suertes sobre la suya; que el domingo con fiesta le dieron los ramos, para darle el viérnes desnudo el tronco. No ha de recibir alabanzas de los mañosos é hipócritas. Cristo Jesus al que entró diciendo: « Maestro bueno, » le dijo: « ¿ Por qué me llamas Maestro bueno? » Y dijosele porque le llamaba así,

siendo él malo, y no queriendo ser bueno. Señor, este género de alabanzas en los oídos de los príncipes de la tierra son peste que les pronuncian con las palabras estos lisonjeros; son ensalmo de veneno; no dejan que el príncipe sea señor de sus sentidos y potencias; no sabe sino lo que ellos quieren, y sólo eso se ve, cree y entiende. De manera que la voluntad del lisonjero le sirve de ojos, de orejas, de lengua y de entendimiento. Y pues Cristo, en quien ningun efecto de estos podia hacer la adulacion, la desechó, no es menester decirlo á los que están sujetos á padecer todos estos encantos y enajenaciones (pudiera llamarlos robos de su alma).

Tampoco ha de recibir unas caricias que parecen amarteladas, que se encaminan á divertirle de su oficio, cuya locucion es tal: « No es esto para vuestra majestad. » Así dijo San Pedro á Cristo, tratando de que habia de morir, que era á lo que vino: *Absit à te Domine*. Como si dijera: « No es el morir para ti. » Otra letra: *Esto tibi clemens*. « Sé piadoso para ti mismo. » ¿ Á quién no parecerá requiebro de amante esto? Y tal era San Pedro para Cristo; empero con todo le respondió: *Vade retro post me Sathana: scandalum es mihi*. « Vete lejos de mí, Satanas, porque me eres escándalo. » Quien olvidare esto, ó no se acordare de imitarlo, no sabrá el nombre que ha de llamar, ni dónde ha de enviar, ni el escándalo que le da el ministro, que le dice: « Tenga vuestra majestad piedad de sí. Sea para sí piadoso, no trabaje tanto en despachos, no padezca tan prolijas audiencias, no se aflija con los sucesos desdichados, no se inquiete por remediarlos. Apártese esto de vuestra majestad, y todo lo que no fuere ocio y entretenimiento. » Pues, Señor, á este (llámese como quisiere) los reyes, en oyéndole estas palabras, « Satanas » le han de llamar y mandarle ir lejos; y no se ha de recibir caricia que da escándalo, que ni se ha de dar ni recibir, si es posible. El buen monarca mejor merece reverencia y amor por lo que padece por los suyos, que por lo que puede en ellos. El que hace lo que debe y lo que le es licito, hace lo que todos desean: quien lo que se le antoja, lo que desea él solo.

El tercero punto es: « si piden á los reyes, á quién han de dar, y qué; y á quién han de negar, y por qué. » Los malos y detestables tiranos siempre fueron pródigos y perdidos,

creyendo que con el afeite de las dádivas grandes cubrían la fealdad de sus costumbres; y quedando ellos pobres, á nadie hicieron rico. Tácito dice que hallaron más pobres á aquellos á quien dió Neron mucho, que á los que se lo quitó todo. Añado que es tan perniciosa la prodigalidad de los tiranos, que empobrece su dádiva y no su robo. Lo que dan es premio de maldades: lo que quitan, envidia y venganza de virtudes; y así quedan estos con derecho á la restitucion, y aquellos al castigo. Si no se mira á quién se da, más se pierde dando que perdiendo: piérdese la cosa sola que se pierde; y si no se sabe dar, se pierde lo que se dió y el hombre á quien se dió: daño muy considerable. Por esto dice el Espíritu Santo: « Si hicieres bien, sabe á quién le haces; y tendrán mucha gracia tus bienes. » Lo contrario dice el refran castellano: « Haz bien, y no mires á quién. » No se puede negar que estas palabras aconsejan ceguedad, pues dicen que no mire. Esto quieren los que, si cuando piden los mirasen, saldrian, cuando mejor despachados, despedidos. Mírese á quién se da, y muchas veces se quitará al que pide; que si no se mira, eso es dar á ciegas.

Hay tiranos de dos maneras: unos pródigos de la hacienda suya y de la república, por tomarse para sí no sólo el poder que les toca, sino el de las leyes divinas y humanas. Otros son miserables en dar caudal y dineros; y son pródigos en dar de sí y de su oficio; y pasan á consentir que les tomen y quiten su propia dignidad, por no perder un instante de ocio y entretenimiento. De aquellos y de estos hubo muchos en el mundo, cuyas vidas aun no consintió la idolatría; cuyas muertes quedaron padrones de la infamia de aquellos tiempos. La ley evangélica ha librado á las repúblicas de estos monstruos, que son castigo de los reinos é imperios donde no la reciben para salud y vida, ó donde la han dejado, y la tuvieron los que son propiamente renegados de Dios. Cristo nuestro Señor no sólo dió á todos los que le pidieron, sino dijo: « Pedid, y recibiréis. » Dió ojos, oídos, piés, manos, salud, libertad: esto á los vivos; y á los muertos vida. Dió sustento á los que necesitaban de él donde no le podian hallar. Mas es de advertir que todo esto da á los que faltaba todo esto: al ciego ojos, al sordo oídos, al tullido piés, manos al manco, al enfermo salud, al endemoniado cautivo del demonio libertad, á los muertos vida. Así se

ha de dar, Señor: este es el oficio del rey, dar á los suyos lo que les falta; no darles lo mismo que tienen, para que les sobre más ojos al que ve, mas oídos al que oye, y así en lo demas. Esto se hace cuando el principe da sus ojos y sus oídos á otro para que vea y oiga por él, que es añadirle oídos y ojos (cosas que tiene) cuando le da sus piés y sus manos para que obre en su lugar, que es ocasionar que digan: « Es sus piés y sus manos. » Nota que el comun modo de hablar les pone no sin grave acusacion.

Ha de dar el rey premio y castigo: mejor diré, que ha de pagar el premio y ejecutar el castigo, porque son dos cosas en que el rey no ha de tener arbitrio, ni otra voluntad que las balanzas de la justicia en fil. Es gravísimo pecado el que llaman los teólogos *acceptio personarum*, « aceptacion de personas ». Este destierra toda justicia. Dar al delito que sólo merece destierro la horca, y al que merece esta destierro, no es mayor maldad que dar el magistrado y la dignidad al que no la merece, dando al que la merece el olvido que se debía á aquel.

Ha de dar bienes temporales á los méritos y servicios que le obligan; mas ha de ser en aquella medida que lo que da no le obligue á pedir, ni á quitar á unos para dar á otros. No lo ha de dar todo á uno; que de este género de dádiva sólo del diablo hay texto detestable en la tentacion. No sólo no ha de dar sus dos lados á uno, empero ni á dos, aunque sean parientes, y como hermanos, y su querido el uno. Cristo nuestro Señor fué el ejemplo, cuando la madre de Juan y Jacobo pidió las dos sillas de la diestra y de la siniestra en su reino para sus dos hijos (de esto traté en dos capitulos). La decision fué: « No sabéis lo que pedís. » Y se sigue que lo es para quien lo concediere: « No sabéis lo que dais. »

Hay otro peligro casi inevitable para los príncipes, enmascarado de virtud y desinterés, tan al vivo fingido, que hay pocos que le conozcan por quien es, y que no le admitan por lo que miente. Esto es, hombres que ni piden ni reciben nada, porque aspiran á tomarlo todo. Júdas fué el inventor de esta carátula. Quien le vió ni pedir sillas, ni lado, ni primero lugar, ni licencia para hacer bajar fuego del cielo sobre los que no hospedaban á Cristo, ni pedir para sí otro cargo del que tenia, que

de él no se lee hurto que hiciese; que sola una vez que habló fué para que vendiéndose el unguento se diese á los pobres por arbitrio, — conocerá que la máscara de los tales son arbitrios de socorrer necesidades. Y quien considerare que este vendió luego á Cristo, y se le echó en la bolsa, conocerá que los que se disfrazan con esta máscara no piden ni reciben, porque pretenden tomarlo todo, y echarse á su señor en la faldriquera. Estos mientras viven traen la sogá arrastrando, y para morir la sogá los arrastra á ellos.

No ha de dar el rey los premios y las grandes mercedes medidas por el número de los años y tiempo que le han servido; sino por calidad y peso de los servicios, por las circunstancias del lugar y de la ocasion. Dimas, ladron toda su vida, condenado por ladron á muerte, y con otro escogido para con sus lados infamar á Cristo puesto en medio de sus dos cruces, en breve rato mereció el reino de Dios y ser aquel día con el Hijo de Dios en el paraíso, porque apreció el verdadero Rey, el conocerle por Dios donde aun de hombre estaba desfigurado, donde el mismo que le conocía era quien más le ayudaba á desconocer, donde no sólo no estaba como Dios, sino aun como hombre delincuente y malo. Conocióse Dimas á sí, conoció á su compañero, y reprendióle; conoció á Cristo, y confesóle por Dios. Y aquel Señor, que es suma piedad y suma justicia, le dió su gracia, y su reino y su compañía á la calidad del servicio y al mérito de las circunstancias, sin mirar á la brevedad de un breve rato.

Esto, Señor, importa mucho que imiten los reyes para dar y saber dar (materia de suma importancia que se discurre en la *parte primera de esta Política, cap. 14*, y aquí se consumó su discurso), y premiar ántes y más el valor de los servicios que el número de los días y de los años; porque en lo moral y político se ha de contar ántes lo que se vive bien, que mucho. Esto á cargo está de la vejez y de la muerte; esotro ha de ser cuidado de la justicia remunerativa. No pidió Dimas merced por lo que habia servido, sino sirvió para merecerla. Esto advierte que cuando á los príncipes de la tierra quien les ha servido en un cargo, por aquella razon pide le hagan merced, se advierta que si pidió por merced el primero cargo que alega, no es otra cosa sino pedir le hagan merced porque se la

hicieron, y hacerse acreedor de lo que debe, y deudor suyo al príncipe que es su acreedor.

CAPÍTULO VI.

CON EL REY HA DE NACER LA PAZ; ESA DE SER EN PRIMERO BANDO.
CON QUIÉN HABLA LA PAZ; POR QUÉ SE PUBLICA POR LOS ÁNGELES Á PASTORES. QUE NACE OBEDECIENDO QUIEN NACE Á SER OBEDECIDO. (*Luc 2.*)

Es tan noble y tan ilustre la paz, que tiene por solar el cielo. Que descende de él, se ve en los ángeles que bajaron del cielo á publicarla en la tierra á los hombres. Estos en paz imitan vida de ángeles; la tierra pacífica, estado de bienaventuranza. Tan apetecible es la paz, que siendo tan detestable la guerra, se debe hacer por adquirir paz en la religion, y en la conciencia, y en la libertad justificada de la patria. Hay paz del mundo, y paz de Dios; por eso dijo Cristo: « Yo os doy mi paz, no la que da el mundo. » En el mundo se usa mucha paz de Júdas, enmascarada con el beso de su boca. Las señas de esta son que se padece y no se goza; que se ofrece y no se da. Nadie presume que no se le atreverá esta mala paz cara á cara, pues cara á cara se atrevió á Cristo, rey de gloria.

Señor, el ministro que aconseja que para conservar en paz los vasallos, los despojen, los desuellen y los consuman, ese Júdas es, y la suya paz de Júdas: con la boca más chupa sanguijuela, que besa reverente. Destruir los pueblos con achaque de que los enemigos los quieren destruir, es adelantar los enemigos, no contrastarlos ni prevenirlos. Es no dejarlos que hacer ni qué deshacer. Hubo paz universal en el mundo cuando nació Cristo, porque nacía la paz universal del mundo. Publicóse por edicto de César Augusto, que el orbe todo se numerase. Nació Jesus en esta obediencia, y fué obediente hasta la muerte, desde el vientre de su Madre, ántes de nacer, y naciendo. En la obediencia está la paz de todas las cosas: á Dios primero, á la razon y á la justicia. No hay guerra sin la inobediencia á una de estas tres cosas, á que persuaden otras

tres, impiedad y pecado, apetito, soberbia ambiciosa. Nace obedeciendo quien sólo debe ser obedecido, ¿y no obedecerá quien sólo nació para obedecer? Toda la vida de Cristo fué paz. Nace, y luego la publican los ángeles; enseña y encarga la paz á sus discípulos, y envíala con ellos á todos. Va á morir; y al despedirse, repetidamente les da su paz y les deja su paz. Sólo el que se atrevió á arrimar su boca á su cara, el que le acarició con el beso, el que tenía á cargo la bolsa de su apostolado, despreciando la paz de Cristo, dió á Cristo la de Júdas.

Dice el texto sagrado, que los ángeles que publicaron la paz á los hombres, se aparecieron á los pastores que velaban guardando las vigiliass de la noche. Señor, mérito y disposici6n fué en los pastores el hacer bien su oficio, el no dormir por defender sus ovejas, y el velar porque los lobos, que velan por hacer guerra á sus ganados, no se la hiciesen. Por esto se les aparecieron los ángeles, y los anunciaron la paz. El sueño es puerta abierta á la guerra y á la cizaña; el desvelo á la paz y seguridad.

Nace Cristo rey; mas nace á ser rey pastor, y á enseñar á los reyes que su oficio es de pastores. San Juan le llamó « Cordero de Dios » y le señaló y dió á conocer por Cordero; mas el mismo Cristo, *pastor* se llamó, y dijo era pastor: *Ego sum pastor bonus*: Yo soy buen pastor. No puede haber mejor disposici6n para ser pastor de corderos, que ser cordero y pastor. Uno y otro quiere que sean los reyes, porque sabrán, siéndolo, gobernar y guardar los que lo son. No sólo es poco nombre el de pastor para el rey, más sacrosanto por el ejemplo de Cristo; sino es el solo nombre de toda la obligacion de su oficio. Esto aun la más anciana gentilidad lo conoció; el más sublime espíritu de la idolatría, que fué Homero, lo enseña: « Mas á Agamenon Atrides, pastor de los pueblos, no ocupaba el dulce sueño ».

Señor, segun Cristo nuestro Señor, el buen pastor ha de conocer á sus ovejas, y ellas le han de conocer á él. De otra manera ni sabrá las que tiene, ni las que le faltan, ni el pasto y regalo ó la cura que han menester. El pastor ha de tener perros que guarden el ganado; mas él ha de velar sobre el ganado y los perros; que si deja al solo albedrío de los mas-

tines los rebaños, como son guarda no ménos armada de dientes que los lobos, ni de más bien inclinada hambre, ellos los guardarán de los lobos; mas, como lobos, para sí. Señor, el descuido del pastor hace lobos de los perros, si su oreja no atiende á los ladridos, y sus ojos al balido de las ovejas. Oso afirmar que el pastor que duerme y no vela sobre su ganado, ni guarda las vigiliass de la noche, él propio es lobo de sus hatos. Si no habria hombre tan perdido que averiguando que el pastor de sus ovejas, por consumir la noche y el día en sueño y juegos, renunciaba su oficio en sus perros, no le quitase su hacienda, ¿cómo se presumirá que Cristo nuestro Señor (suma sabiduria, y que como buen pastor ama sus ovejas más que todos) no quitará el cuidado de ellas al pastor que no supiere de su ganado sino lo que preguntare á los perros, á quien él lo encomendó; que para ser peores que lobos, sólo faltaba á su hambre y sus dientes, su descuido? De un rey que Dios eligió á su corazon y llamó varon suyo, se leen estas palabras en el *Psalm. 77*: « Eligió á David su siervo, y sacóle de los rebaños de las ovejas; escogióle cuando seguia á las que estaban preñadas, para que apacentara á Jacob su siervo, y á Israel su heredad. Y apacentólos en la inocencia de su corazon, y guiólos en los entendimientos de sus manos. » La version hebrea rigurosa vuelve: « Apacentólos por la integridad de su corazon, y encaminólos con la industria de su virtud. » Y lo mismo, aunque con más palabras, en su paráfrasi el Campense.

Señor, espero será agradable á la piedad y desvelo real de vuestra majestad este lugar y las consideraciones con que le aplico. Misterio tiene decir que á David, rey y profeta, le sacó Dios de guardar ovejas. Legítimo noviciado para ser rey es ser pastor. Grande misterio enseña añadir: « Escogióle cuando seguia á las ovejas preñadas. » Señor, el preñado de las ovejas es el aumento del ganado: por eso escogió Dios á David de pastor para rey, porque andaba tras el aumento de su ganado; y ent6nces mereció que le escogiese, cuando asistia al aumento. Ya nos ha dicho el salmo cómo era pastor, y cómo por saberlo ser mereció ser rey por la eleccion de Dios: veamos si siendo rey dejó de ser pastor. El mismo salmo dice que fué pastor siendo rey: « Escogióle de pastor para que apacen-